

ALBERTO CHIMAL: EL TOLUQUEÑO LLENO DE HISTORIAS

por Daniel Escandell Montiel

El mexicano Alberto Chimal (Toluca, 1970) se ha ido ganando un más que merecido hueco entre la nómina de autores iberoamericanos asociados con la literatura fantástica, una etiqueta que coincide en el tiempo con la creciente legitimación del género en cada vez más ámbitos de la siempre limitada visión de la crítica y la academia. Es innegable ese interés por lo fantástico en Chimal, tanto como autor como traductor del inglés al español de varios clásicos del género (como Poe) y nombres contemporáneos destacadísimos (como Nnedi Okorafor). Pese a todo, consideramos que asociar con vocación excluyente a Chimal a esa noción de lo fantástico, incluso si difuminamos sus fronteras con la ciencia ficción —el propio autor ha apostado por hablar de una concepción más amplia y heterodoxa: la “literatura de la imaginación”, sin más—, es algo reduccionista con la trayectoria de un autor que ha demostrado gran capacidad para abrazar innovaciones técnicas y formales y nutrir las de ese algo más, de la sustancia que hace realmente que algo valga la pena más allá de por el simple hecho de ser nuevo.

Su experimentación con la minificción le ha valido ser reconocido, quizá de forma preferente, como autor de cuentos y microcuentos; esta asociación, cómo no, se ve potenciada por su presencia en Twitter y sus escrituras vinculadas a la fenomenología de la tuiterratura anticipándose a modas que tardaron casi una década en convertirse en *mainstream* como atestigua la publicación de *83 novelas* en 2011, donde compila textos que nacieron en dicha red social, y que el propio autor ha distribuido gratuitamente en formato de descarga digital para todos aquellos que no puedan encontrar la edición impresa. Esta es, claro, una de las formas más convenientes de acercarse a su trayectoria, y no puede resultarnos anómala: estamos ante un autor formado en el terreno de la

ingeniería informática y en el de la literatura, por lo que los lazos entre ambos mundos en su espacio creativo no son artificiosos, sino coherentes y naturales. Sin experimentación vacía y sin oportunismo ramplón: frente a ello, Chimal usa y explora estos espacios cargado de intención y conocimiento, lo que ha contribuido a que sus aportaciones sean significativas.

Sobra decir que su vinculación con el relato corto es innegable, pues compone el grueso de su producción desde su debut en 1987 con *Los setenta segundos* (Centro Toluqueño de Escritores) y no debe extrañarnos que esto le haya llevado también a la edición de antologías y a ser recogido en otras. Me resulta interesante, en esa línea y por situarse quizá alejada de los centros de interés más recurrentes para el autor, la propuesta que supuso *El camerino. Cuentos clásicos reinventados* (Conaculta, 2014), antología prologada por Verónica Murguía en la que Chimal participa junto a nombres tan interesantes como Ana Romero, José Luis Zárate, Gabriela Damián, Richard Zela, Jazmina Barrera, Óscar Luviano, Raquel Castro y la propia Murguía, con “Melusina”. El libro propone la labor, ya no tan fresca en sí misma, de reinterpretar cuentos clásicos: la reapropiación y reescritura literaria de una serie de cuentos infantiles para ofrecer a través de ellos una nueva lectura con el estilo propio de cada una de las voces participantes en el proyecto. Los seres fantásticos cuya apariencia se ve alterada con todo tipo de fusiones entre lo humano y lo animal son universales, desde las *kitsunetsuki* niponas hasta, claro, el personaje de Jean D’Arras creado en el siglo XIV que retoma Chimal. El interés reside, en buena medida, en que Melusina es uno de los personajes fantásticos occidentales más reconocidos y en este caso logra reconstruir su historia sin introducir alteraciones que destruyan la tradición al poner su foco de atención en un cuentacuentos que está presentando al público este relato. Chimal consigue, a partir de este cambio en el eje, ofrecer su apropiación del cuento y, sobre todo, reconstituir a Melusina como un personaje con nuevos matices derivados de su recreación, alejada (pero sin renegar) de su origen medieval: no es ella un personaje (femenino) asociado al engaño o la malignidad, como se ha redefinido a lo largo de los siglos, sino a unas circunstancias complejas con las que podemos entenderla en una dimensión más profunda. “A estos pensamientos se agregaron otros todavía más infelices y más oscuros. Tal vez Melusina no tenía ningún secreto, ninguna obligación sobrenatural. tal vez simplemente quería tener un día para estar oculta, para hacer quién sabe qué cosas”, leemos en esta reinención del cuento.

Alberto Chimal ha apostado también por salir de la que podemos percibir como su zona de confort para colaborar con Ricardo García en el sector de la novela gráfica con *Horacio en las ciudades* (Pulpo Comics, 2004) y

“El propio autor ha apostado por hablar de una concepción más amplia y heterodoxa: la ‘literatura de la imaginación’, sin más”

las dos partes de *Kustos* (Conaculta/Resistencia, 2013, 2015), además de haber firmado también el guion cinematográfico de *7:19* junto al director Jorge Michel Grau (2016). Esta voluntad exploradora, que incluye los medios audiovisuales, es propia de un escritor no solo resuelto en múltiples lides sino también capaz de adaptar sus recursos, estrategias y el propio estilo a las necesidades del medio en el que está creando. Es una flexibilidad que resulta refrescante para quienes siguen su trayectoria y que permite múltiples vías de entrada a su obra para los potenciales nuevos lectores. Poca duda cabe de que esta es una de las razones fundamentales por las que Chimal ha sido descrito, simultáneamente, como “excéntrico” y “refinado”.

Si prestamos atención a la que fue su primera novela, *Los esclavos* (Almadía, 2009), encontramos evidencias claras que motivan esos adjetivos, pero, al mismo tiempo, es una novela que se aleja de esa noción de lo fantástico para hablarnos sobre dos parejas arrastradas por las relaciones de poder y pasión derivadas de sus pulsiones de sometimiento. A lo largo de sus páginas nos encontramos con una profunda introspección en las dinámicas individuales y dualistas (aunque también duelistas) de los personajes principales para buscar aceptación, afecto y su lugar en el mundo que se estructuran en múltiples capítulos, muchas veces breves, que funcionan como una sucesión de secuencias en las que acabamos completamente sumergidos. Sin duda, una de las virtudes de esta primera novela es que el autor controla el tempo con una notable maestría que nos evidencia sin dudas que controla tanto los microgéneros como la expansividad de la novela, una situación que se repite en sus novelas posteriores a lo largo de los años.

Los esclavos profundiza en un mundo perturbador en su retrato de la sumisión y parte de esto se consigue con una escritura vertiginosa que busca sobrevenir al lector, solo ocasionalmente con efectismos —como el incesto— que, en todo caso, son bien aprovechados.

En su control de los tiempos también logra ralentizar momentos esenciales que nos permiten reflexionar profundamente sobre qué persiguen esos personajes. Si nos centramos en el dominador de una de las parejas que centran este libro de estructura bimembre solo podemos preguntarnos qué tipo de persona es ese millonario que, en cierto modo, *colecciona* personas a las que anular y destruir por completo. Pero, pese a estar en esa supuesta atalaya del éxito que supone la acumulación de dinero —o quizá por ello— su modo de actuar nos recuerda, como bien señaló Camilo Bogoya, a los retratos que hizo el historiador Suetonio al contarnos las intimidades de los emperadores romanos y sus actos de explotación sexual.

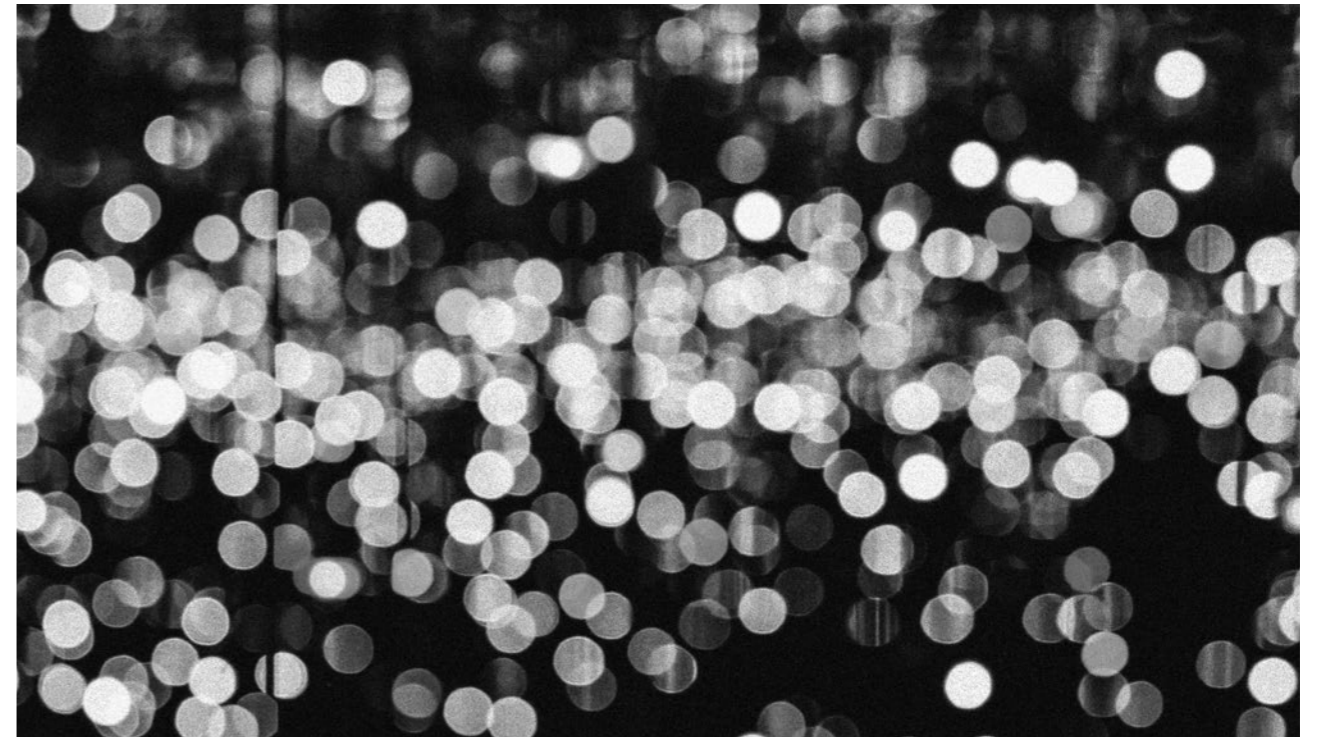
Como ha quedado claro, esta novela se aleja del interés por lo fantástico para hablar sobre las complejidades de relaciones que, pese a todo, son solo la búsqueda obsesiva de huir de lo anodino a través del control sobre los otros quizá como émulo de una significación humana y, en última instancia, presentar el amor desde una perspectiva conflictiva interna y externa para sus personajes. Como narrador, además, Chimal nos presenta lo que sucede a través de los diálogos de sus personajes, plasmando sus acciones en cada capítulo ante el lector, sin caer en juicios de ningún tipo, para que seamos nosotros quienes tengamos que determinar si estos personajes son culpables o víctimas, si se odian a sí mismos o si odian a los demás, si eso es amor o crueldad. De este modo, escribe el propio personaje de Golo, armado con lápiz y con la propiocepción que lleva a concebirse a uno mismo en tercera persona, que “si Golo es perverso, la perversidad es una virtud. En la balanza de las cosas, rara vez pesan la soltura y la sinceridad con las que reconoce la naturaleza de su alma”.

Señalábamos antes que se había calificado a Chimal de “excéntrico” y de “refinado” y estos dos textos en los que nos hemos centrado ilustran este punto

de vista: el autor no persigue estar en el centro del *mainstream* y parece sentirse más que cómodo alejado de los núcleos canónicos. La fantasía y la ciencia ficción no han alcanzado todavía el tipo de legitimación canónica que experimentó hace ya no pocas décadas el género negro en sus múltiples variantes para resituarlo desde el margen de *lo literario* en sus centros; en ese sentido, el mundo de los autores iberoamericanos de género fantástico (entendido de modo amplísimo), aunque reconocido en múltiples esferas, sigue avanzando hacia la institucionalización (no valoramos si eso es positivo o negativo) mientras busca escapar de la percepción externa que se cierne para no pocos prejuizadores como una temible sombra de Macondo y McOndo para definirse en términos propios. Asimismo, los microgéneros, pese a los muchos estudios que han hecho desde el mundo de la academia investigadores como Lauro Zavala en México o Ana Calvo en España, y la innegable multiplicación de su presencia en el sector editorial tanto en Europa como en América, se sitúa también en esas periferias de las dinámicas de mercado, y este sigue siendo el espacio al que se sigue asociando principalmente a Alberto Chimal, pese a que —como hemos visto antes— ha explorado muchos más géneros y formas narrativas.

Y, como narrador, Chimal es indiscutiblemente refinado. Es algo que produce dominar con maestría la escritura breve con todas sus complicaciones, pero también una pasión adicional del autor a la que no nos hemos referido hasta ahora: su vocación como formador. En Alberto Chimal ensayista es también el Alberto Chimal maestro de escritura creativa: varios de sus libros alejados de la ficción han apostado por esa labor tan complicada de transmitir las claves del oficio de escribir, como en el caso de *Cómo empezar a escribir historias* (Conaculta, 2012). Muchos de esos libros resultan frívolos, o quizá incluso engañosos, amparados en la noción de que todo el mundo está

“Señalábamos antes que se había calificado a Chimal de ‘excéntrico’ y de ‘refinado’ y estos dos textos en los que nos hemos centrado ilustran este punto de vista: el autor no persigue estar en el centro del *mainstream* y parece sentirse más que cómodo alejado de los núcleos canónicos”



a veinte cómodos pasos (menos, si es posible) de escribir la mayor novela del siglo. En el caso de Chimal nos encontramos con un texto que es el resultado de destilar sus procesos creativos, reflexionar críticamente sobre ellos y transformarlos en un manual que nos permite conocer mucho mejor cómo alcanza esa refinación a la que han hecho referencia diversos críticos: la atención al detalle y saber que cada palabra debe ser esencial para llenar de sentido y valor el texto para que este resulte cargado de sabor y fuerza al ser leído, sin llegar nunca a transformarse en una sucesión enjuta de palabras.

Con estos pocos ejemplos abordados en estas páginas, y este paisaje perfilado sobre el panorama creativo de Chimal, si algo queda claro es que son muchos los caminos que conducen al autor toluqueño; en consecuencia, son múltiples las vías de llegar hasta él y, además, hacerlo con buen pie. Quizá por ello cabe preguntarse cómo el autor mexicano, tantas veces respaldado por sellos editoriales enormemente prestigiados en su país, avalados con colecciones sin desperdicio, no ha disfrutado de una mejor apuesta editorial en el ámbito internacional que haya llevado sus obras con mayor facilidad al lector europeo, que puede haber corrido el riesgo de no conocer como bien se merece una voz tan apasionada, flexible y llena de matices como la suya.

“Quizá por ello cabe preguntarse cómo el autor mexicano, tantas veces respaldado por sellos editoriales enormemente prestigiados en su país, avalados con colecciones sin desperdicio, no ha disfrutado de una mejor apuesta editorial en el ámbito internacional que haya llevado sus obras con mayor facilidad al lector europeo”